

LO QUE PODEMOS PEDIR AHORA AL DEPORTE¹

Pierre de Coubertin

(Conferencia pronunciada en la Asociación de Helenos Liberales de Lausana, el 24 de febrero de 1918)

Señoras, señores:

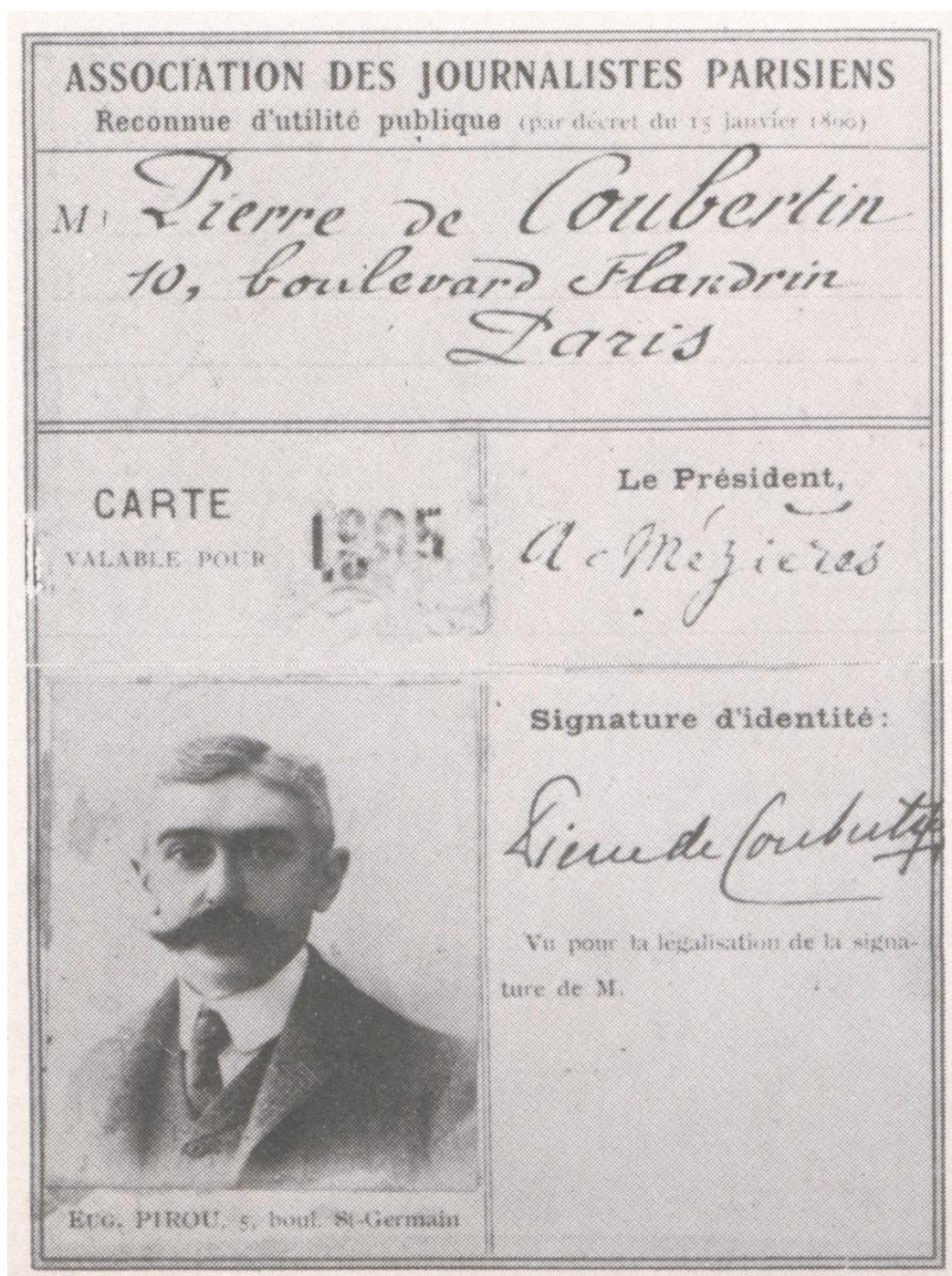
Al responder a su amable ofrecimiento, aceptando inaugurar esta serie de conferencias, no obedezco solamente al impulso de una helenofilia irreductible, sino que, al mismo tiempo, reavivo dentro de mí un precioso y lejano recuerdo. Hace ya más de veintitrés años, una tarde de noviembre de 1894, y respondiendo a la invitación de su célebre asociación ateniense *El Parnaso*, exponía a sus miembros lo que era preciso esperar de la propagación del deporte. Algunos meses antes, en el gran anfiteatro del Palacio de la Sorbona, de París, el restablecimiento de los Juegos Olímpicos había sido proclamado y esta iniciativa remataba la obra con un éxito definitivo. Así, pues, fui a llevar a los griegos el saludo neo-olímpico y a convencerles de que consagraran su existencia, consintiendo que la primera Olimpiada moderna se celebrara bajo sus auspicios, al pie de la Acrópolis. Alrededor de esta idea nacieron entusiasmos y se desarrollaron violentas oposiciones. No he olvidado ni unos ni otras.

Hoy, que ha pasado cerca de un cuarto de siglo desde entonces, es más fácil observar su sentido y su alcance. Antes de que la Guerra Mundial se desatara, ya sabíamos que el renacimiento deportivo, por el cultivo de las energías individuales, había creado fuerzas nacionales, y la gran tragedia de hoy lo ha probado de modo perentorio y sangriento. Pero el deporte puede hacer algo más por nosotros. Nos asegurará para el mañana, si sabemos permitirselo, el bien esencial, fuera del cual no es posible ningún arreglo permanente: la paz social.

Me alegro de que me sea concedido predicar esta segunda parte del evangelio deportivo, como hice antes con la primera, en el seno de una comunidad helena, y tener así la posibilidad de colocar, una vez más, mi esfuerzo bajo el patronazgo de esta poderosa civilización, cuyo pasado merece todos los honores, y su porvenir, todas las esperanzas: el Helenismo.

La idea de la preparación militar, activada y perfeccionada por el ejercicio físico, es muy antigua. En Caldea, como en Egipto y en Extremo Oriente, los gobiernos belicistas y conquistadores recurrieron a este sistema y es probable que hicieran un llamamiento al instinto deportivo, para cooperar a sus deseos, cuando lo encontrasen, cosa poco frecuente y poco desarrollada por otra parte. El instinto deportivo no es un instinto animal. Ni las ideas de progreso ni de riesgo que son, por así decirlo, sus dos polos, son accesibles a los animales. El gato y el poney de polo —los más deportistas en apariencia— no buscan nada más allá del juego; sus

¹ El texto original fue publicado con el título *Ce que nous pouvons maintenant demander au Sport*, editado por la Association des Hellènes Libéraux de Lausanne, Lausane, 1918.



Reproducción del carnet de afiliación a la Asociación de Periodistas de París.

músculos se divierten, y eso es todo.

Pero el instinto deportivo es otra cosa. Es, por excelencia, un instinto de poderío; he llegado a la conclusión de que ha nacido del contacto del hombre no con el arma, sino con el caballo. El hombre armado no era necesariamente deportista. Pero el jinete debía llegar a serlo, aun a pesar suyo. Me gustaría citar, sobre esto, un sugestivo texto de Herodoto que, desgraciadamente, no he traído.

Por tanto, la antigüedad más lejana ha conocido y practicado la preparación militar por el ejercicio físico; pero la preparación cívica han sido ustedes, los griegos, los que la han inventado. La primera podía asegurarse con la sola intervención de la autoridad, pero para la segunda hacía falta, necesariamente, una colaboración voluntaria del individuo. El instinto deportivo que no representaba para la primera más que un refuerzo ocasional, era para la segunda una condición vital. Así, han llegado a ser ustedes los padres del deporte; lo han organizado y codificado, lo han hecho una institución regular, una fábrica de fuerza colectiva.

El olimpismo fue, en cierto modo, la coronación y el emblema de esta organización. Alrededor de manifestaciones de un atletismo reflexivo, vinieron a agruparse, en períodos fijos, todas las demás manifestaciones de la vida nacional. El atleta apareció colaborando con el filósofo y el artista en la gloria de la patria. Encarnaba, al mismo tiempo, la fuerza eventual y su entrenamiento le permitía improvisarse como defensor suyo. Fue así como, entre el año 500 y el 449 a. J. C., cuando se cernía el peligro persa sobre el Helenismo, armadas y flotas inesperadas barrieron las ambiciones de Darío y Jerjes y la codicia de sus consejeros. Se había dudado ante la inmensidad del poderío enemigo, y más de una ciudad se inclinó a aceptar el ultimátum. Pero Atenas se levantó, y la victoria le dio la razón. Muchos siglos más tarde —la Historia tiene elocuentes regresiones y se repite curiosamente—, un general inglés pudo decir que el éxito británico en Waterloo se había forjado en los campos de críquet del colegio de Eton; y entonces, ¿no es igualmente exacto proclamar que la gloria de Maratón y de Salamina se había forjado en los recintos del gimnasio griego?

¡El gimnasio griego! La menos conocida, la menos estudiada y, tal vez, la más fecunda de todas las instituciones de la antigüedad y también la que explica mejor la grandeza de los tiempos antiguos, pues sirvió de base a una civilización superior. Cuando Antíoco el Grande quiso helenizar Jerusalén, su primera preocupación fue abrir un gimnasio, pues sabía que todo lo demás surgiría de ahí.

El gimnasio griego —al que volveremos en seguida, para buscar nuevas normas, conformes con las necesidades actuales— cubrió la tierra griega, las islas y las orillas del Mediterráneo. La Hélade se lo legó a Roma, que lo dejó morir. Naturalmente, esto sucedió muy despacio. Desde la Alejandría de Egipto hasta Sibaris, las tradiciones resistieron, no adormeciéndose más que muy lentamente bajo el influjo romano, que condujo al pueblo a los Juegos Circenses, y a los refinados, a la voluptuosidad de las termas. Algún pasaje de Séneca nos permite apreciar a lo vivo la decadencia del atletismo, al que el cristianismo va a dar el

golpe de gracia; porque hay que advertir que la Iglesia, relativamente indulgente (y le debemos mucho en tal sentido) con los productos del genio pagano, se ha mostrado severa con respecto a la cultura física, pues veía en ella la continuación y la fuente del «orgullo de la vida» al que la Escritura había lanzado su anatema. No nos indignemos, pues, desde el punto de vista histórico, su actuación está justificada; el mundo de entonces tenía necesidad del ascetismo; el lujo y la plutocracia lo amenazaban de muerte. Al contrario, en nuestros días, ha sido preciso volver al camino de la educación física, pues llevábamos el peso de este período de filosofía ascética, que fue demasiado largo y agobiante; y como la humanidad se asemeja al péndulo que aspira al equilibrio y no lo alcanza más que de pasada, a lo largo de su camino infatigable de un extremo a otro, corremos ahora el riesgo de llegar demasiado lejos en el camino contrario. Después de que el edicto del emperador Teodosio, al suprimir las Olimpiadas, suspendió el curso de las tradiciones atléticas, subsistieron todavía, aquí y allá, modestos gimnasios en los que resistían obstinados aficionados, pero que no alumbraron ya los rayos de la belleza artística y del esfuerzo intelectual, pues se habían divorciado el espíritu y el músculo. Esta época oscura merecería un estudio y yo habría querido intentarlo, pero no lo conseguiría y deseo que otros lo ambicionen. ¿Quién sabe si eso no ayudaría a captar mejor el carácter y el alcance de los chispazos de energía que, a través de los mil años de su agitada existencia el imperio griego nos presenta en cuadro misterioso y cautivador?

Más conocidas por nosotros, aunque insuficientemente estudiadas, son las manifestaciones del espíritu deportivo de la Edad Media, pues la Iglesia, al trabajar en la reglamentación de la Caballería y al tolerar más tarde los torneos, debió, por cierto tiempo, apartarse de su severidad antideportiva. Pero sería un error creer que los torneos estaban reservados a la clase noble. No creo necesaria otra prueba que el divertido desafío, lanzado en 1330, con el consentimiento del rey Felipe VI, por los burgueses de París a los de las provincias. Los provincianos, llegados la mayor parte de Amiens y San Quintín, de Reims y de Compiègne, sucumbieron ante los de París. Eran más de setenta en total. Un maestro de cuentas de la capital y un burgués de Compiègne se repartieron los premios al valor, entregados por una joven parisiense, hija de un pañero. Uno de los dos que vencieron en las justas acabó con una pierna rota y el otro se retiró con serios golpes. Había allí, indudablemente, uno de los elementos esenciales del deporte, el gusto por el riesgo. Pero era un deporte rudimentario, sin entrenamiento ni organización. Los mismos caracteres observamos en aquellos homéricos partidos de *soule* —el antepasado del fútbol— que organizaba alrededor de su mansión de Cotentin el señor De Gouberville, y de los que su diario privado nos da cuenta tan pintoresca por su misma simplicidad. Los Gobiernos de entonces no parece que aprobaran estas costumbres. Eduardo III de Inglaterra prohibía a su pueblo todo ejercicio que no fuera el tiro con arco, y Carlos V de Francia, gran aficionado al juego de pelota, prohibió su práctica a sus súbditos. Es cierto que en la Edad Media el instinto deportivo se hubiera desarrollado fácilmente en Europa, pero el feudalismo lo reprimió y la Iglesia, una vez desligada de la Caballería, volvió a su desconfianza

hacia la cultura física, en la que creía encontrar un peligroso precursor de la libertad de pensamiento.

El ejercicio físico encontró apologistas desde Rabelais a Rousseau, y tuvo incluso tentativas meritorias de pasar de la teoría a la práctica, con Basedow y Pestalozzi. Más tarde, el gran patriota alemán Ludwig Jahn y el sueco Ling se dedicaron a extender en sus países respectivos sus doctrinas gimnásticas. Pero el primero no pensaba más que en crear una fuerza militar, capaz de realizar la reunificación alemana, y el segundo intentaba obtener la salud por medio de una actividad física científicamente reglamentada.

Estaba reservado al gran inglés que fue Thomas Arnold reconsiderar la obra griega, desde el momento en que los destinos adversos la habían interrumpido, y proveerla de una fórmula pedagógica, apropiada a las condiciones modernas. El mundo había olvidado hasta qué punto puede el deporte organizado crear una fuerza moral y social y, por ello, representar un papel directo en los destinos de una nación; y lo había olvidado de tal modo que Inglaterra, primero, y todo el Imperio británico, después, asimilaron casi inconscientemente las doctrinas y el ejemplo de Arnold, que ganaban terreno de día en día; de modo que debe ser considerado el colegio de Rugby como el verdadero punto de partida de la renovación británica. Los Estados Unidos al principio permanecieron indiferentes a este movimiento, y las palabras de Noah Webster, diciendo que *«una sala de armas era tan necesaria en un colegio como una cátedra de Matemáticas»*, quedaron sin eco, mientras la juventud americana caía en el exceso de un intelectualismo sin contrapeso, en vísperas de la Guerra de Secesión. La terrible sacudida la hizo reaccionar brutalmente. Se edificaron gimnasios, muy diferentes a los que tenían el mismo nombre en la antigüedad, y se llevaron las pretensiones científicas hasta las fronteras de la pedantería, pero el deporte penetraba poco a poco como vencedor. Era, desde luego, el sucesor del deporte heleno, pero disponía, gracias a los inventos y progresos modernos, de aparatos ingeniosos y nuevos medios. Su dominio técnico se había ampliado considerablemente y su fórmula se había precisado. Era «el culto habitual y voluntario del ejercicio muscular intensivo, apoyado en el deseo de progreso y pudiendo llegar hasta el riesgo». Esta es su definición y encierra las ideas de voluntad, continuidad, intensidad, perfeccionamiento y peligro eventual, los cinco elementos constitutivos del deporte. Así está en función de la potencia y se une, al mismo tiempo, con la filosofía estoica, hacia la que puede conducir a sus adeptos. En este deporte yo pensaba cuando, hace treinta años, pacté con Jules Simón para conseguir el resurgir de Francia. La convicción del filósofo septuagenario no era menos ardiente que la mía, y el resultado ha respondido a nuestras esperanzas. Pues una educación más viril y más amplia hubiera dado lugar en seguida a frutos tan fecundos como aquéllos, cuyo beneficio había recogido, antaño, Thomas Arnold en Inglaterra. En vano unos franceses, cegados por el espíritu partidista, han intentado descubrir una decadencia que no existía más que en ellos mismos. La Historia fijará el trazo de la curva ascendente que ha permitido a la República escribir, en

cuarenta años, la página más admirable de las epopeyas coloniales y conducir a la juventud a través de los peligros de un pacifismo y de una libertad llevados al extremo, hasta la movilización de agosto de 1914, que permanecerá como uno de los más bellos espectáculos que la Democracia ha ofrecido al mundo.

El papel que el deporte ha desempeñado en este levantamiento ha sido advertido incluso al otro lado del océano y, sin duda, ha sido mejor apreciado que en la misma Europa. Pero Francia no es más que un ejemplo de la virtud de las fórmulas griegas, perfeccionadas por la civilización anglosajona. Hay otros. Casi todas las naciones, desde hace quince años, han prestado creciente atención a esta rama, tanto tiempo olvidada, de la pedagogía viril, y ninguna ha tenido que lamentarlo. Cualquiera que haya sido el procedimiento empleado —injerencia del Estado o iniciativa privada—, el cultivo de las energías individuales por medio del deporte se ha extendido por todas partes como una fuerza nacional. Suecia y Alemania lo reconocen, así como Bélgica y Suiza... Pues bien, ¿no deberíamos pedir al deporte algo más, algo diferente? ¿No puede hacer nada para satisfacer la necesidad que mañana dominará entre todas, pues de ello dependerá la obra de reconstrucción? ¿No nos ayudará el deporte a hacer que reine la paz social?

Generalmente, se está de acuerdo en admitir que el mejor fundamento de la paz social, en el seno de una sociedad democrática, sería el restablecimiento de un afortunado equilibrio entre la desigualdad introducida a través de los hombres por la misma naturaleza, y la igualdad que se intenta establecer entre ellos por medio de las leyes. Pero, ¿dónde están las bases y los límites de tal equilibrio?

Lo que hace que la desigualdad sea insoportable para aquellos que la sufren es, principalmente, su tendencia a perpetuar la injusticia; y los hombres se levantan contra ella a causa de su doble carácter: la permanencia y la falta de justificación. Si fuera pasajera y justificada, no tendría enemigos. Ahora bien, fijémonos en que si en otros campos es casi imposible conseguir condiciones semejantes, en la república deportiva se imponen por sí mismas.

¿Qué es un resultado deportivo? Es una cifra o un hecho. Existe para ustedes un máximo de altura por encima del cual no puede elevarse su salto; un mínimo de tiempo que no puede rebajar su carrera de cien metros. El peso que levantan, la cuerda por la que trepan, expresan igualmente en kilos o metros el valor de su esfuerzo. El alpinista es capaz de trepar a tal montaña y no a tal otra. El jinete, de amaestrar tal caballo y no tal otro. Y así, en todas partes encuentran ustedes limitaciones de rigor más o menos matemático, que al principio, sin embargo, no sabrían apreciar. Nadie puede precisar de antemano su propio alcance, pues sólo un camino conduce a ello: el entrenamiento, el trabajo obstinado. Y cuando se ha llegado a la meta pretendida, cuando se ha establecido su propio récord, es decir, el mejor resultado al que se puede llegar, es preciso seguir luchando para mantenerlo. Ninguna seguridad garantiza la posesión duradera de este récord. Sólo una labor constante les ayudará a mantenerlo. He aquí, si me permiten abrir este paréntesis, todo el secreto de la pedagogía deportiva. El deporte

deposita en el organismo el germen de las cualidades fisiopsicológicas, tales como la sangre fría, la seguridad, la decisión... Estas cualidades pueden quedar localizadas en torno al ejercicio que les ha dado vida; es lo más frecuente. ¡Cuántos ciclistas temerarios, al descender de sus máquinas, se vuelven inseguros en todas las encrucijadas de la existencia! ¡Cuántos nadadores, esforzados en el agua, se desaniman por los vaivenes del océano humano! ¡Cuántos esgrimidores no saben aplicar a los combates de la vida la oportunidad y la clarividencia de que hacen gala en la sala de armas! La tarea del educador consiste en hacer fructificar el germen en todo el organismo, en transportarlo de una circunstancia determinada a todo el conjunto de circunstancias, de una categoría especial de actividad a todos los actos del individuo. Esto fue lo que hizo Thomas Arnold y lo que los pedagogos británicos aprendieron de él.

Pero volvamos al punto de vista social. Vemos que la desigualdad deportiva se basa en la justicia, pues el individuo debe el éxito que obtiene a sus cualidades naturales, potenciadas por su esfuerzo voluntario. El éxito es, por otra parte, muy inestable, pues es efímero y requiere una continuidad en el esfuerzo para prolongarse un poco. Todos éstos son datos interesantes para la Democracia. No nos extrañemos si, en los medios deportivos, vemos que la dosificación de la autoridad y la libertad y, sobre todo, de la ayuda mutua y la competencia, se realiza fácilmente; la Democracia tiene gran necesidad de realizar dosificaciones semejantes, pero se encuentra con miles de dificultades. La autoridad deportiva es debida forzosamente al mérito reconocido y aceptado. Un capitán de fútbol, un patrón de trainera, escogidos por causas distintas a su valor técnico, comprometen el éxito del equipo. Por otro lado, si una presión mal calculada pesa sobre cada miembro del equipo y restringe completamente su libertad individual, los compañeros se resienten del nefasto efecto. Así, por la lección constante, la necesidad del mando, del control, de la unión, se afirma a los ojos del deportista; mientras la naturaleza misma de la camaradería que le rodea, le obliga a ver en sus compañeros a colaboradores y rivales al mismo tiempo, lo que, desde el punto de vista filosófico, aparece como el principio ideal de toda sociedad democrática.

Si a todo esto añadimos que la práctica del deporte ha creado una atmósfera de absoluta sinceridad, por la simple razón de que es imposible falsear sus resultados, más o menos puntuables, y cuyo control por parte de todos le da su único valor (ningún provecho sacará el deportista de la trampa que hace consigo mismo), llegamos a la conclusión de que la pequeña república deportiva representa una especie de resumen del estado democrático modelo.

¿Existe algún medio para conseguir una unión, como la de la célula al organismo? He aquí un problema apasionante de nuestros días. De ser cierto, existiría una pedagogía deportiva social, cuyo objeto sería emplear en el aprendizaje de la vida pública los modestos caminos de la actividad deportiva organizada, del mismo modo que la pedagogía deportiva individual consiste en extender las cualidades viriles, creadas al amparo del acto deportivo, a todas las actividades del individuo. Encontramos ya esto en el colegio arnoldiano, tan

genialmente concebido por su creador; pero esta vez no se trataría de un ambiente escolar seleccionado, sino de operar sobre el conjunto social. ¿Puede realizarse?

Volvamos a entrar en el gimnasio griego y observémoslo bajo este ángulo. Comprobamos aquí el principio de una triple operación, cuya importancia tal vez se nos escapó al principio. En primer lugar, es una cooperación de objetos: el deporte, la higiene, la ciencia y el arte se encuentran mezclados unos con otros. En segundo lugar, es una operación de edades, tres generaciones están presentes: el adolescente, el adulto y el anciano. Y en tercer lugar, es una operación profesional: el práctico y el teórico, el científico y el hombre de letras, el político y el hombre privado, el sindicado y el independiente se codean en una beneficiosa promiscuidad. ¿Cómo no iban a salir de aquí elementos de comprensión, de acercamiento, de unión? Las ideas, los intereses y las pasiones no difieren tanto en el joven y en el adulto, en el artista, en el filósofo o en el atleta, que no se puedan dar la mano. Cuando se ignoran, es porque se les mantiene separados, porque se les impide conocerse y apreciarse. No olvidemos, de todos modos, insistir en un punto esencial: todas estas cooperaciones se logran no bajo el signo del bien público, sino en torno a la «alegría de los músculos». Y ésta es la gran lección del gimnasio griego. Intentar reconstruirlo sobre otras bases sería caer de nuevo en una utopía que ha perdido la cuenta de sus fracasos. Allí, el deporte era el amo de la casa; recibía al espíritu y se inclinaba delante de él, como ante un invitado de prestigio. Para operar sobre la juventud es necesario comprender su ansia de vivir y, para comprenderla, hay que profesar el culto hasta el final. El desconocimiento de este principio superior haría estéril toda tentativa de restauración del gimnasio griego.

Con esto quiero terminar, muy lejos, sin embargo, de haber agotado el tema. Debemos restablecer el gimnasio municipal de la antigua Grecia, y él nos traerá la paz social. Para este cometido contamos con facilidades que los antiguos jamás conocieron. Déjenme enumerar algunas: en primer lugar, los perfeccionamientos técnicos que evocaba hace un momento y que una industria beneficiosa ha multiplicado en el campo de los deportes. ¡Qué alegría habría sentido la bella juventud de la Hélade en los tiempos pasados si hubiera tenido el florete, un arma tan obediente; el guante de boxeo, firme y flexible; la bicicleta fascinadora y, sobre todo, el *outrigger*, maravillosa embarcación, cuyo sólo contacto arrastra ya al remero! ¡Qué gozo para el deportista de antaño si hubiera tenido a su alcance nuestros múltiples ingenios deportivos! En verdad, nunca había sido tan atractivo el placer deportivo como en nuestros días, ni tan numerosas las ocasiones para ejercer su influencia como hoy. Pistas para carreras a pie, instalaciones para saltos, para trepar, para los lanzamientos, locales o terrenos propios para los deportes de lucha, un picadero al aire libre para la equitación, un embarcadero en las orillas del río cercano, si la naturaleza, o el hombre, lo ha hecho navegable; esto es lo que asegura a un municipio lo bastante inteligente para hacer este gasto una inversión de capital al ciento por ciento. Un mejoramiento similar se afirma en el campo de la higiene. Si la aeroterapia e, incluso, la helioterapia no han progresado mucho, la

hidroterapia ha encontrado su fórmula más refinada y menos aristocrática, por poco costosa y a la vez exquisita: el baño-ducha. Cuando se advierte con qué gastos mínimos pueden ser instalados y explotados los baños-ducha, parece inaudito —y poco halagüeño para los poderes públicos— que no estén ya funcionando en las comunidades de relativa importancia. Pero todo llegará. Y será normal colocar los baños-ducha junto a los terrenos y edificios deportivos.

Henos aquí, pues, con un embrión de gimnasio antiguo modernizado. ¿Bajo qué forma vamos a invitar al arte, aparte de la arquitectura destinada a construir su marco, a integrarse en el gimnasio? En el gimnasio antiguo se danzaba sin duda alguna, se cantaba seguramente, y piensen lo que puede llegar a ser en nuestros días el canto coral, con el repertorio que le han preparado los siglos. Himnos bizantinos, canciones de guerra y de amor venidas de Polonia y de Rusia, de Inglaterra y de los países escandinavos, de Francia, de España, de Alemania y de Italia... Hay multitud de ellos que componen un tesoro polifónico de una riqueza sin igual. Un cuarteto vocal no es tan difícil de formar y poco a poco se convertirá en un coro numeroso. Añadan, si quieren, el teatro al aire libre, y el arte se encontrará instalado como conviene en el nuevo gimnasio.

Pero esto no es todo, pues antiguamente había, además, filosofía. El maestro la enseñaba bajo los pórticos, a dos pasos de los atletas. Era entonces una persona más accesible que en nuestros días, menos distante del resto de los mortales en sus concepciones, y de lenguaje más comprensible. Hoy sería inútil revivirlo y su colaboración correría el peligro de decepcionar. Pero la Historia está ahí para cumplir su misión; la Historia, cuyas enseñanzas vemos que, trágicamente, han faltado a la sociedad contemporánea, en la hora en que ésta se aproximaba al abismo; la Historia, cuyos grandes rasgos y defectos amplios, que todos pueden comprender, desaparecen en la búsqueda minuciosa del detalle aislado, de la serie de datos inútiles y el fárrago de la documentación inútil; la Historia, único preceptor de las futuras democracias, única garantía rectora de la masa por los caminos de la sensatez.

Comprendo que serían necesarias algunas explicaciones y que no se puede introducir con pocas palabras esta novedad de una especie de universidad popular, basada en la enseñanza histórica, científicamente vulgarizada. Estoy dispuesto a acoger y contestar todas las objeciones, pero aquí debo contentarme con una simple exposición.

Los cuatro pilares del gimnasio griego están, así, pues, a nuestro alcance; su misión permanece inalterable, aumentada, sin embargo, por dos circunstancias que se deben mencionar. Por un lado, ha desaparecido la esclavitud, esa lacra de las antiguas sociedades, que retrasaba el progreso y esterilizaba tantos esfuerzos; por otro, ha surgido el alcoholismo, esa plaga de los tiempos modernos, cuyo reducto - el *cabaret* - no se podrá destruir más que reemplazándolo. La indiferencia de las sociedades antialcohólicas sobre este tema, ha sido siempre para mí causa de disgustos. Desde hace treinta años, no nos han aportado ningún apoyo en nuestra

campaña de propaganda deportiva. Sordas a las llamadas que les dirigíamos con vistas a una colaboración eficaz, han querido mantener siempre la batalla directa, intentando matar al *cabaret* en nombre de la virtud y de la ciencia. Sin embargo, deben saber -pues la prueba se ha realizado ya- que el alcoholismo no tiene más poderoso antídoto que el atletismo, y que existe una especie de incompatibilidad física entre el alcohol y el entrenamiento; por otra parte, la evasión que busca el obrero manual en el *cabaret*, ¿no es una necesidad social? ¿No es esa misma evasión la que el hombre de negocios va a buscar a su club? Y ¿con qué derecho puede exigir éste o aquél que se abstenga de cosas de las que él mismo no se priva?

Los tiempos que se avecinan son graves para la humanidad. Los apetitos plutocráticos insaciables y la sed de dominio llevada hasta la locura, por un lado, y, por otro, el levantamiento contra las injusticias, largo tiempo soportadas, contribuyen a mantener la civilización bajo las amenazas de posguerra, que podría ser peor que la guerra misma. No podrá pertenecer a una casta cualquiera la dirección de la marcha del mundo o su contención para retardar, momentáneamente tan sólo, el progreso. La ciudad futura no podrá construirse sólida y duradera más que con la colaboración de todos los ciudadanos. Preparemos las fuerzas motrices de esta colaboración, allí donde sea razonable captarlas y reunirías. No caigamos en la utopía del comunismo integral. La igualdad debe detenerse en el umbral del hogar, porque los hombres jamás le consentirán el acceso a sus casas y no permitirán que intervenga en el funcionamiento de sus familias. Las relaciones sociales íntimas están reguladas por la herencia, por las tradiciones, por los hábitos de cada día. Se traducen en minúsculas pero resistentes diferencias de lenguaje y de forma de ser, y es lógico que así sea. Pero no es menos lógico que la vida pública cese de ser influida por un particularismo parecido, y ¿cómo admitir que, por ejemplo, el canto o la gimnasia no sean ocasiones, ávidamente deseadas, de encuentro y acercamiento para toda la juventud, sin distinción de origen o de fortuna? ¡Ojalá el gimnasio griego restaurado pueda abrir a las nuevas generaciones, en el seno de la comunidad moderna, el camino de un civismo puro e inteligente, de una cooperación alegre y fraternal!